

**“Somos luchadores, no mártires”.  
Un análisis de la narrativa de Eugenio González  
en el marco de la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo<sup>1</sup>**

**Pablo Fuentes Retamal**  
**Universidad de Concepción**  
**Chile**

*Es por eso que, en cumplimiento de uno de sus deberes más fundamentales, el Gobierno está firmemente dispuesto a reprimir con mano de hierro todo intento por alterar la disciplina.*

Carlos Ibáñez del Campo, 1927. Circular reservada al Ejército de Chile.

La dictadura de Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931) es un periodo esquivo para la investigación, a pesar de ser un lustro fecundo en formulaciones ideológicas. Esta carencia de estudios se debe, en gran medida, a la escasa documentación libre de censura, pues la administración ibañista tuvo la precaución de acallar a los disidentes. Carlos Ibáñez propició desde su candidatura un ambiente confrontacional que acusó a los opositores de impedir “la obra de reconstrucción nacional” (Flores, 23). Al respecto, el periódico *El Mercurio* comentó lo siguiente: “si debiéramos concentrar en una sola frase las aspiraciones nacionales de esta hora, tendríamos que decir que el país quiere y exige un gobierno fuerte, que respete y haga respetar la ley” (En Würth, 139).

Algunos colectivos y comités apoyaron las propuestas de Ibáñez, pues estimaron que su candidatura reunía las condiciones necesarias para asumir los desafíos que Chile entonces enfrentaba. El Presidente Emiliano Figueroa se ubicó en esta línea al reconocer el fervor que despertaba el Coronel Ibáñez en el espectro político nacional:

El señor Ibáñez cuenta con la simpatía de Chile entero, convicción que me he formado leyendo la prensa de todo el país y constando la acogida entusiasta que le han dispensado las provincias. Considero

---

<sup>1</sup> Este artículo es parte del proyecto Fondecyt 3170468: “Relatos que hablan desde el silencio. Eugenio González, Roberto Meza, Alberto Romero y Teófilo Cid ante la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo”.

que el señor Ibáñez [...] obtendrá el 95 por ciento de los votantes, pues reconozco su inteligencia y honradez, me retiro, pues, confiado en que el país está en manos de un hombre que sabrá gobernarlo y guiarlo. (En Montero, 100)

Los Partidos Políticos apoyaron, unánimemente, la candidatura de Ibáñez. Los Radicales indicaron a sus correligionarios cooperar con el triunfo de este candidato; el Partido Demócrata ordenó sus filas y proclamó que Ibáñez sería su aspirante a la presidencia (Würth, 139). La cúpula del Partido Liberal hizo lo propio y, en una carta abierta, declaró su apoyo a Carlos Ibáñez (Flores, 18).

Los vaticinios electorales del Presidente Figueroa fueron acertados. El candidato Carlos Ibáñez del Campo fue ungido Presidente de la República gracias 222.130 votos, equivalentes al 98% del total de sufragios emitidos. El número de electores que ejerció su derecho electoral corresponde al 82% de los ciudadanos inscritos en los padrones de la época (Montero, 112). Estos resultados desconciertan, pues la propuesta de Ibáñez constituye una instancia única en la historia electoral del país: “el candidato no tuvo contendores, no se movió de La Moneda, no abandonó su cargo<sup>2</sup>, no hizo propaganda alguna, no pronunció ningún discurso, y no gastó dinero en secretarías” (Würth, 143).

En este punto debemos realizar una pausa reflexiva para analizar los factores políticos que propiciaron el ascenso de este Coronel de Ejército. La respuesta a esta interrogante se halla en el ensayo *Dictadura y mansedumbre* (1931) de Domingo Melfi. Este trabajo indica que Ibáñez construyó fantasmas demagógicos que anunciaron el advenimiento del Comunismo en Chile. Las calamidades vaticinadas por Ibáñez intimidaron a la ciudadanía, la que terminó por sucumbir a estos augurios:

Sin él (Ibáñez), el comunismo era cuestión de horas en Chile. Y decir comunismo significaba el saqueo, la violación de todas las mujeres, la degollación de los inocentes y el reparto de las propiedades. [...] Hablarle de comunismo a una sociedad de raíz conservadora como esta, es ponerle los pelos de punta. (Melfi, 6)

---

<sup>2</sup> Carlos Ibáñez encabezó el Ministerio del Interior hasta febrero de 1927. Asumió la Presidencia de la República el 22 de mayo de 1927.

El historiador Ernesto Würth entrega una apreciación que dialoga con la reflexión de Melfi. Este investigador propone que los vaticinios de Ibáñez fueron efectivos, pues consiguió amedrentar a la ciudadanía, presagiando la instauración del Comunismo en Chile. Esta estrategia electoral responde a la formación militar de Ibáñez, pues se aplicó un principio bélico al ámbito electoral: “salir al encuentro del enemigo, abatirlo después de dividirlo y ser más fuerte frente a la parte más débil del adversario” (Würth, 144).

La disidencia política no tuvo espacio en este marco de control y manipulación ideológica. Únicamente la candidatura del comunista Elías Lafferte (no oficializada) intentó ofrecer una alternativa electoral; sin embargo, los ciudadanos que apoyaron esta preferencia fueron perseguidos y censurados, de modo que las huellas de esta propuesta son escasas y difíciles de rastrear (Flores, 19).

La abstención electoral fue la única herramienta que permitió manifestar oposición al programa de Ibáñez. Esta postura rebelde se acotó a provincias rurales<sup>3</sup>, por ello la prensa estimó que la abstención fue mínima (Flores, 19). Una situación que merece ser apuntada fue la persecución de aquellos electores que se abstuvieron de sufragar. Un telegrama proveniente de Ancud evidencia los dispositivos de control dispuestos para castigar a los disidentes:

En esta provincia está todo preparado y arreglado. He ordenado que policía y carabineros vestidos de paisanos avisen al pueblo en todas las comunas [y] hagan comprender al pueblo en general que el que no vote será castigado con diez días de prisión o cincuenta pesos de multa. (En Flores, 19-20)

En síntesis, el proceso electoral que otorgó la Presidencia de la República a Carlos Ibáñez del Campo, más que una elección libre, fue la ratificación de una candidatura única maquillada con tintes democráticos.

---

<sup>3</sup> De acuerdo al historiador Jorge Flores, este rechazo se manifestó con ímpetu en Curicó, Chiloé, Talca, Ñuble y Concepción.

Carlos Ibáñez, en ejercicio de sus funciones<sup>4</sup>, promovió la vigilancia, el orden y la disciplina. Una vez asumida la Presidencia intensificó estos preceptos, sistematizando la demonización de sus opositores. De esta manera, el Presidente Ibáñez dio ejecución a la primera medida de su gobierno:

Robustecer el principio de autoridad, para que termine definitivamente la anarquía que ha reinado en el país. Si una vez en el ejercicio normal de mis nuevas funciones, los elementos anárquicos reaparecieran, propagando sus doctrinas disolventes, no vacilaré en pedir al Congreso las facultades necesarias para reprimirlos y encauzarlos. (En Montero, 104)

Un decreto promulgado por el Ministerio del Interior, difundido por el periódico *El Mercurio*, recordó a la opinión pública los esfuerzos del Presidente Ibáñez por anular la disidencia:

Desde hoy, en consecuencia, no habrá en Chile ni comunismo ni anarquismo. El control del país no pueden tenerlo, justificadamente, desplazados de la cosa pública, como no lo tendrán tampoco los que han tenido la audacia de reemplazar nuestra bandera por el trapo rojo. (En Flores, 24)

El Presidente Ibáñez se ocupó, personalmente, de implementar estas medidas. Ordenó al Director General de Policías fiscalizar la prensa y evitar cualquier instancia que favoreciera la “propaganda revolucionaria y desquiciadora” (Flores, 28). Estas prohibiciones se complementaron con una vigilancia permanente de los medios de comunicación, lo que enmudeció a la prensa opositora, especialmente al periódico *El Ilustrado*<sup>5</sup>. La censura se extendió a revistas, novelas y folletines, de modo que la circulación de cualquier documento exigió la autorización expresa de los agentes de

---

<sup>4</sup> Antes de ejercer la Presidencia, Carlos Ibáñez desempeñó labores de Mayor de Ejército (1924), Ministro de Guerra (1925), Ministro del Interior (febrero de 1927) y Vicepresidente de la República (mayo de 1927).

<sup>5</sup> Durante el gobierno de Ibáñez *El Ilustrado* estuvo bajo la dirección de Rafael Luis Gumucio, tenaz opositor a este gobierno. Este antagonismo provocó que Ibáñez decretase una disminución en el tiraje del periódico (cien ejemplares en cada edición). Más tarde se ordenó el cierre de este órgano de difusión.

gobierno. Esta normativa implicó el silenciamiento de las voces contrarias al ibañismo, puntualmente, aquellas opciones de corte anarquista y comunista.

La censura que impuso Ibáñez motiva este trabajo de investigación, cuyo propósito es burlar la vigilancia y el control dispuestos por la dictadura para rescatar una voz disidente capaz de testimoniar las condiciones de vida padecidas por quienes desafiaron al poder.

Eugenio González Rojas (1903-1976) se inscribe entre aquellos sujetos rebeldes que hallaron fisuras en las redes del poder y consiguieron burlar los dispositivos de vigilancia y control. Este autor es reconocido, en el ámbito político, por fundar el Partido Socialista, ejercer la senatoria por la cuarta agrupación provincial de Santiago (1949-1957) y dirigir la rectoría de la Universidad de Chile (1963-1968). Durante el gobierno de Ibáñez, el joven Eugenio, con veinticinco años de edad, fue perseguido, encarcelado y relegado, a causa de su militancia anarquista. Esta postura política era la que defendía este escritor en aquellos entonces.

Los más cercanos a Eugenio González evidencian los esfuerzos y la valentía de este joven ácrata en sus ansias por desafiar al poder. Juan Gómez Milla estima que González fue un “anarquista constructivo que ejerció influencia poderosa en el movimiento obrero y estudiantil” (en Osses, 6). Carlos Altamirano indica que durante la juventud muchos socialistas adhirieron a otras ideologías, por ejemplo, Eugenio González participó en el movimiento ácrata con bastante vehemencia (en Salazar, 175). Fabio Moraga apunta que Eugenio González, mientras estuvo a la cabeza de la Federación de Estudiantes de Chile, fue un líder anarquista que gestionó protección para los compañeros peruanos de las Universidades Populares González Prada (186). Obviamente, en el marco de la dictadura de Carlos Ibáñez, la militancia ácrata trajo consecuencias para Eugenio González. Así lo evidencia González Vera, amigo personal de este escritor, quien indica que el joven Eugenio intentó escabullirse de la persecución ibañista, ocultándose en una mina, “soportó bien la humedad, el frío, y el hambre, pero se le notaba irascible” (341).

Por consiguiente, estimamos que la producción narrativa de Eugenio González está en condiciones de testimoniar las experiencias padecidas por los opositores a la dictadura de Ibáñez. Este corpus narrativo no sólo testimonia los procedimientos dispuestos por el poder para castigar la desobediencia y el desacato, sino que, además, evidencia las estrategias de resistencia que hicieron frente a la dictadura de Ibáñez.

La producción narrativa de Eugenio González comprende la siguiente triada novelesca: *Más afuera* (1930), *Hombres* (1935) y *Noche* (1942). A estos títulos se añade *Destinos* (1940), un compendio que reúne seis cuentos<sup>6</sup>.

*Más afuera* narra las desdichas de los presos políticos confinados por Ibáñez en el archipiélago de Juan Fernández<sup>7</sup>. El listado con los prisioneros que fueron desplazados a este campo de concentración lo encabeza el propio Eugenio González junto al escritor Roberto Meza Fuentes; el senador comunista Elías Lafferte<sup>8</sup>; el diputado Gaspar Mora<sup>9</sup>; los militantes socialistas Braulio León Peña y Alberto Baloffet; los dirigentes comunistas Juan Chacón, Pedro Arratia y Castor Vilarín (Brescia, 128).

La crítica literaria ha estudiado aristas estéticas de esta novela, desestimando un análisis del trasfondo político del relato. En este sentido, Carlos Tapia apunta la comodidad del narrador con el programa realista (150-2). Edmundo Concha señala que los personajes hacen de la angustia un tema relevante en el relato (43). Andrés Gómez, en una reseña muy escueta, indica que *Más afuera* presenta “un buen trabajo de lenguaje, mediante una prosa que no dramatiza en lo trágico y sobrecogedor” (53). Con motivo de la reedición de esta novela, en 1997, Filebo comprueba nuestra afirmación y reitera la escasez de estudios críticos para este texto (44).

---

<sup>6</sup> Los títulos de los cuentos reunidos en *Destinos* son los siguientes: “Sueño de verano”, “En la noche”, “Una vida”, “La Tonta”, “La broma” y “Una mujer”.

<sup>7</sup> El nombre actual de esta isla es Alejandro Selkirk.

<sup>8</sup> Elías Lafferte fundó las Juventudes Comunistas de Chile en 1932. Este dirigente ocupó el cargo senatorial por la Primera agrupación provincial de Tarapacá y Antofagasta entre 1937 y 1945. Posteriormente, fue reelecto para el periodo 1945-1953.

<sup>9</sup> Gaspar Mora fue un diputado del Partido Demócrata durante el periodo 1924-1927 por la circunscripción electoral Coelemu y Talcahuano.

Hombres narra la persecución de los circuitos anarquistas durante la administración de Ibáñez. Esta novela pone en evidencia a personajes rebeldes que se confabulan para desafiar a la oligarquía capitalina. No todos los personajes de este relato tienen una militancia definida, algunos son simples estudiantes hastiados de la persecución de Ibáñez. El crítico Óscar Vera abordó esta novela sin percatarse del sustrato político del relato, por lo que su lectura apunta al “fracaso de algunos hombres, empeñados [...] en una tarea social demasiado pesada para ellos” (323).

Noche es una novela que relata la vida de Alfredo Velasco, un profesor santiaguino que se traslada hasta provincia para ejercer la docencia. En estas localidades el protagonista conoce a una jovencita con la que vive una aventura amorosa. El crítico Fernando Uriarte señala que “acontece lo inevitable, lo único posible [...] insinuaciones los problemas más hondos y vitales de una gran legión de hombres y mujeres de Chile” (147). El crítico Alone dedicó algunas palabras para esta novela, señalando que tiende un manto gris, voluntariamente opaco, que cubre a los personajes y apaga los colores (48).

Destinos es una compilación de seis cuentos sin una temática que los vincule transversalmente. Para esta publicación no hemos hallado ningún estudio crítico, por lo tanto, nuestra investigación es el primer trabajo crítico en abordar estos relatos.

El único artículo que ha puesto en diálogo parte de la producción novelesca de Eugenio González es Fracaso y soledad. Hacia un realismo de lo posible (2010) de Daniel Noemi. Esta reflexión aborda Más afuera, estableciendo vínculos entre la vida de los presos políticos y la entrampada descripción de la isla, entendiendo que “la naturaleza funciona como espejo de las vidas [...] de los personajes” (266). Noemi se limita a mencionar que en Hombres surge la “desconfianza y la traición emerge entre los personajes; todo esto entre los acontecimientos de una huelga que poco a poco va perdiendo fuerza” (270).

Desde nuestra perspectiva, la lectura de Daniel Noemi es insuficiente, pues atiende con énfasis aspectos estéticos de la narrativa de Eugenio González, pero

descuida el trasfondo histórico y político que cobijan las acciones narrativas. En términos generales, este trabajo es una buena aproximación a la narrativa gonzalezrojiana, sin embargo, deja sin consideración parte importante del corpus novelístico del autor; además, no sugiere conclusiones profundas que se susciten, a partir de un diálogo fecundo entre Literatura y Poder.

Luego de revisar lo propuesto por la crítica literaria para la narrativa de Eugenio González, señalamos que se han publicado reseñas que se limitan a detallar particularidades estéticas para cada relato. Lamentablemente, ningún trabajo especializado ha estudiado el sustrato político sobre el que Eugenio González edificó su escritura narrativa. Por consiguiente, nuestra lectura pretende demostrar que la producción narrativa de este autor tiene las competencias necesarias para bosquejar el control disciplinario que propició la dictadura de Ibáñez. Como dijimos, esta escritura no sólo describe los procedimientos de control dispuestos por el poder sino que, además, testimonia las estrategias de resistencia empleadas por los rebeldes de la época para enfrentar y resistir la dictadura de Ibáñez.

Para comprobar nuestra propuesta de trabajo ingresaremos al corpus novelístico de Eugenio González orientados por la novela *Hombres*. Este texto es el relato más político del autor, por lo que conducirá nuestra reflexión y permitirá entablar diálogo con toda la producción narrativa del autor.

### **Poder, resistencia y vida. La narrativa de Eugenio González Rojas en el marco de la dictadura de Carlos Ibáñez**

*Aceptarlo como una fatal imposición de fuerza sería cobardía [...] cruzarse de brazos ante él [...] sería absurdo y entrañaría una inconsciente complicidad con la dictadura.*

Eugenio González, Revista Claridad.

Los primeros meses de la administración ibañista estuvieron marcados por una profunda intervención en el aparataje público. En este contexto fueron decisivas las



medidas que adoptó el Ejecutivo para asegurar el orden y la disciplina, intenciones que el Presidente plasmó en un discurso pronunciado en Valdivia:

Fue preocupación de mi gobierno hacer funcionar en su verdadero significado, el régimen de autoridad bien entendida [...] se acabó con la inseguridad en los campos y con la delincuencia en las ciudades, mediante la creación del Cuerpo de Carabineros de Chile. (Ibáñez, 1-2)

El Presidente Ibáñez estableció la disolución de las Policías Comunales, fusionando las Policías Fiscales y Carabineros de Chile en una misma institución jerárquica (Errázuriz, 336). A partir de entonces, la Dirección de Investigaciones se subordinó a la Dirección General de Carabineros (Flores, 27). Las reformas policiales que impuso Ibáñez apuntaron al modelo de la Policía Científica, cuyo funcionamiento asimila el carácter militar y promueve la profesionalización constante de los agentes policiales (Hernández, 164).

Este marco disciplinario encuentra un correlato en las páginas iniciales de la novela *Hombres* de Eugenio González. Las descripciones que sugiere el narrador bosquejan la represión policial impuesta durante el lustro Ibáñez:

—Los ferroviarios se han plegado al movimiento...  
—En la Avenida Matta, los carabineros atacaron a un grupo de manifestantes. Hubo un muerto. Heridos...  
— ¡Los regimientos están listos en sus cuarteles!  
— ¡La burguesía tiene miedo! (*Hombres*, 6)

El gobierno de Ibáñez privilegió el orden y la disciplina, de modo que la Policía adquirió una importancia política cuyo énfasis estuvo puesto en el “orden público” (Hernández, 164). En correlación con esta disposición, el narrador gonzalezrojiano enviste a los uniformados que colman su relato con un equipamiento acorde a las facultades que les han asignado:

Cargaban los carabineros con lanza en ristre y los dientes apretados, espoleando las cabalgaduras, que galopaban por el centro de la Alameda, como contagiadas también de furor agresivo. (*Hombres*, 161)

A esta vigilancia se suman cuadrillas militares que a lontananza apuntan con sus rifles a los manifestantes: “en las esquinas refulgían las armas de los piquetes militares” (*Hombres*, 5). El ejercicio de la violencia es irrestricto y los manifestantes son sometidos con mano dura:

—Deténganse, perro. Estamos sin armas...

Un bofetón en plena boca, le cortó la frase. Era el oficial, que había descendido del caballo y se encontraba en medio del grupo que formaban los dirigentes obreros.

[...]

—Si te mueves, aquí mismo te doy vuelta, mierda —murmuró, rechinando los dientes el oficial. (*Hombres*, 11)

El espacio que habitan burgueses y aristócratas, en tanto se desarrolla esta represión, es bastante singular. Los sectores acomodados observan desde las terrazas de sus palacetes la desmesura policial: “desde el balcón de una casa aristocrática, unos jóvenes aplaudieron el paso de la tropa que conducía a los presos” (*Hombres*, 12). Esta pormenorización se completa con los comentarios de aquellos oligarcas que aprueban la represión: “—Lo que se necesita, mi amigo —dijo, inclinándose hacia el diputado gobiernista [...] es una mano de hierro con los agitadores” (*Hombres*, 62).

El cuento “La tonta” dialoga con la novela *Hombres* respecto de los excesos policiales. Una de las escenas de este relato pormenoriza la prédica de un dirigente obrero en medio de una manifestación. Hasta entonces, la policía había custodiado la concentración obrera a distancia; sin embargo, tras la proclama revolucionaria, se desata la represión:

En primera fila gritaba de vez en cuando, con voz estentórea, agitando su gorra:

— ¡Viva el Partido Comunista! ¡Abajo los burgueses!

[...]

Los discursos fueron subiendo de tono, de repente, un escuadrón de carabineros, que estaba a la expectativa en una callejuela próxima, intervino para disolver la manifestación. Como los obreros se resistieron, alegando que se trataba de una reunión pacífica, la tropa cargó a sablazos

[...]

— ¡Deténganse, perros! —Vociferaba. (*La tonta*, 90-1)

En sincronía con el panorama histórico que hemos descrito, es interesante atender una prohibición impuesta por Ibáñez. A partir de 1925 la campaña anticomunista y antianarquista se instaló en el país, por ende, los símbolos disidentes fueron vetados:

La bandera roja no puede usarse como insignia dentro del territorio de Chile porque ella simboliza la anarquía y el desorden, el libertinaje y los peores horrores [...] en el futuro el personal de Carabineros procederá de hecho contra los manifestantes que ostenten banderas rojas y les impedirá toda clase de manifestación, procediendo a destruir estas banderas. (En Flores, 24)

Esta restricción se palpa en *Hombres*, pues los símbolos obreros se mantienen flameantes previo al arribo de las fuerzas policiales: “los grupos iban aumentando, uniéndose unos con otros, transformándose en una masa ondeante, rumorosa, sobre la cual flameaban las banderas rojas de los sindicatos” (*Hombres*, 6). La policía no sólo reprime la manifestación sino que, además, en conformidad con las disposiciones dictatoriales, se procede a incautar y destruir los símbolos rebeldes: “los estandartes gremiales y las banderas rojas desaparecían, absorbidos por la hirviente agitación de la masa, que empezaba a desparramarse [...] en un desorden de pánico” (*Hombres*, 10).

En este contexto disciplinario, los segmentos obreros descritos en *Hombres* diseñan algunas estrategias de resistencia para burlar la vigilancia policial, por ejemplo, los sujetos rebeldes se parapetan entre la multitud para ofrecer información disidente:

Por entre la muchedumbre circulaban vendedores improvisados, que voceaban periódicos revolucionarios:

—Compre “El Socialista”, compañero. Instrúyase.

[...]

— ¡“Aurora Roja”, el periódico libertario! (*Hombres*, 7)

Es necesario atender las menciones realizadas por el narrador para estos periódicos rebeldes. La nominación de estos noticiarios constituye un recurso de

producción textual que arrebató al olvido la contingencia obrera de comienzos del siglo veinte. Recordemos que el periódico *El Socialista* fue un medio de difusión que se publicó entre septiembre de 1901 y finales de 1902. Este quincenario retomó su circulación en 1909, interrumpiendo sus publicaciones a fines de ese año. A su vez, *Aurora Roja* fue un quincenario ácrata que se mantuvo vigente hasta fines de 1917 (Heise, 349). Páginas más adelante, el narrador aporta nuevos datos para este medio libertario: “El periódico Aurora Roja [...] constituía la obra principal del grupo Numen y daba continuidad a los esfuerzos, un poco dispersos y eventuales, de aquellos hombres que no se resignaban a la monotonía de la vida” (*Hombres*, 51).

La intención del narrador al incorporar estos periódicos e imprentas disidentes en su relato es vindicar los esfuerzos de la prensa obrera por contrarrestar los vetos informativos que impuso el régimen de Ibáñez. De esta manera, el procedimiento nominal que se emplea en *Hombres* tiende un puente efectivo entre la diégesis y el universo extratextual, pues al “nombre propio” le basta con enunciar para remitir, sin ninguna otra mediación, a un espacio previamente designado.

Como dijimos, el régimen ibañista impuso un veto informativo que impidió la circulación de revistas, novelas y folletines. De este modo, Rafael, un personaje rebelde que trasgrede estas prohibiciones, padece los rigores del proceder policial:

Un día agentes de policía se presentaron en la pieza en medio de amenazas soeces. Le exigieron que entregara proclamas revolucionarias que tenía escondidas [...] Rafael increpó a los agentes con dureza [...] lo golpearon despiadadamente y se lo llevaron detenido, con las manos atadas a la espalda, después de registrar todos los rincones de la pieza. (*Hombres*, 76)

Desde la mirada policial, la detención de este personaje cumple un doble propósito: requisar y destruir el material revolucionario, y, además, que los ciudadanos sepan de la maquinaria legal y sean partícipes de su correcto funcionamiento. En este punto remitimos a Michel Foucault, pues el teórico francés indica que el poder procura

que el pueblo “se atemorice; pero también [...] debe ser testigo, como el fiador del castigo, porque debe hasta cierto punto tomar parte en él” (*Vigilar y castigar*, 63).

Este procedimiento de poder se aprecia en la novela *Más afuera*, puntualmente en las escenas en que los policías castigan a los confinados políticos. El Sargento Ulloa deja entrever en sus actos esta doble finalidad, por una parte, castigar al reo que incurrió en faltas disciplinarias, y, en segundo término, atemorizar a la poblacional penal, de modo que los condenados acaten las disposiciones carcelarias:

Ulloa se acercó con el látigo, hubo un estremecimiento en las filas de los confinados. Pensaban en la huella roja que marcarían los azotes en la espalda del mocetón.

[...]

Y el brazo, alargado por el látigo descendía...

Se oyó un chasquido seco. Después otro. Y otros...

[...]

El cuerpo tendido en tierra se encogía a cada golpe, se retorció. [...] los latigazos eran lentos y fuertes. Oíanse siniestramente en todo el campamento. Con su semblante placido de todos los días, el sargento contaba:

—Once, doce, trece, catorce... (*Más afuera*, 34-5)

Siguiendo a Michel Foucault, el estudio del poder implica atender las estrategias de resistencia que se suscitan entorno a éste, pues “se forman allí mismo donde se ejercen las relaciones de poder. Existe[n] porque está[n] allí donde el poder está: es pues como él, múltiple e integral en estrategias” (*Microfísica*, 171). Este precepto teórico se palpa en *Hombres* cuando Vilches, un anarquista de edad avanzada, se dirige a sus camaradas de lucha para incentivarlos a desafiar la dictadura de Ibáñez: “No hay que caer presos estúpidamente —dijo. —Eso no es propio de revolucionarios. Somos luchadores, no mártires” (*Hombres*, 144).

Esta arenga invita a pensar, detenidamente, las estrategias de resistencia empleadas por los personajes rebeldes de la novela. Los opositores al régimen de Ibáñez han decidido combatir la violencia política, detonando bombas en lugares estratégicos

de la ciudad: “algunos petardos en fábricas y casas de patrones conspicuos, a fin de atemorizar a la burguesía” (*Hombres*, 14).

Los obreros rebeldes saben que estas explosiones no son suficientes para combatir a Ibáñez y sus políticas represivas, por esto acompañan las detonaciones con “volantes y propaganda” (*Hombres*, 19). Estos recursos pugnan por derribar la mudez comunicacional impuesta por el gobierno de Ibáñez.

El historiador Jorge Flores indica que la contrainformación fue un recurso que incomodó al poder. La vigilancia y control que dispuso este gobierno fue tan efectiva que la actividad pública y callejera estuvo totalmente restringida, sin embargo, la propaganda permitió burlar las restricciones dictatoriales (145-6).

Volviendo a *Hombres*, es interesante mencionar que las bombas son ubicadas en lugares estratégicos de la ciudad, los cuales han sido previamente estudiados. Además se acordó la simultaneidad en la detonación de artefactos explosivos:

—Ha habido una bomba.

—Dicen que han estallado otras, en diversas partes de la ciudad.

[...]

A la misma hora en que estalló la bomba en casa de Smith, habían estallado otras dos: una en casa del propietario de la gran Fundación Chile, [...] y otra, en puerta del diario mantenido por la Unión patronal de la industria. (*Hombres*, 66)

Las explosiones simultáneas son una estrategia de resistencia que se suscita a razón del funcionamiento policial. Esta sincronía pretende afectar la captura de responsables, pues los agentes policiales deben desplegarse por toda la ciudad. De este modo, las probabilidades de burlar la vigilancia policial son mayores.

Este procedimiento subversivo se complementa con otras actividades rebeldes. La planificación de estas labores se realiza en completo hermetismo, y los detalles sólo los conocen un selecto grupo de obreros: “—No hay que gritar tanto, compañerito. Mire que los pesquisas andan revoloteando por estos lados” (*Hombres*, 15).

Los esfuerzos rebeldes consiguen incomodar a Ibáñez, pues la burguesía exigió a las autoridades la disolución inmediata de estos focos de desestabilización política. El Ministro del Interior compromete esfuerzos para sofocar estos amagos de desobediencia: “—Estuve esta mañana con el Ministro del Interior, quien se manifestó dispuesto a terminar de una vez por todas con esta anarquía” (*Hombres*, 60).

La actitud que asumen las autoridades en el relato de Eugenio González bosqueja un decreto promulgado por el Ministerio del Interior en 1927. Esta normativa estimó que la paz pública era una necesidad vital en la obra de reconstrucción nacional, por esto su alteración fue sancionada con el máximo rigor. La declaración oficial afirmó lo siguiente: “ante las actividades anárquicas de un grupo de políticos y comunistas, se ejercerá la autoridad sin contemplaciones ni vacilaciones” (Flores, 24).

El narrador no puntualiza en *Hombres* ninguna fecha, no obstante, los acontecimientos descritos se enmarcan en el último año del lustro ibañista. Durante el primer semestre de 1931 se produjeron las primeras manifestaciones de desacato a la autoridad; por ejemplo, en Valparaíso se realizó una protesta que el periódico *Justicia* reportó de la siguiente manera:

La clase obrera por primera vez, después de 4 años de represión, rompía los alambrados del régimen policiaco de Ibáñez y ganaba las calles para exigir del Gobierno, y de las empresas un subsidio para los desocupados, libertad de organización y de huelga y la libertad de todos los relegados y deportados por la dictadura. (En Flores, 166)

A partir de 1931, las escaramuzas entre manifestantes y carabineros se hicieron habituales. La descripción de este marco histórico le otorga sentido a un episodio de la novela *Hombres* en que las autoridades estudian los procedimientos necesarios para anular el desacato: “si los obreros conseguían resistir hasta que su actitud resultara perjudicial a los industriales, el gobierno intervendría para hacerlos entrar en razón, aunque fuese necesario, para ello, recurrir a la violencia policial” (*Hombres*, 59).

La policía, en ejercicio de sus facultades, acusa a tres obreros de participar en la detonación de las bombas. Los inculpados se apellidan: “Zapata, Rojas y Céspedes” (*Hombres*, 77). Los acusados son puestos a disposición de la policía para ser interrogados. En este punto es necesario atender el procedimiento policial, pues la aplicación de los cuestionarios se ajusta a los métodos de la policía científica:

(Los inculpados) después de esperar largo rato en un gran hall solitario, custodiados por los mismos agentes que los habían traído, fueron llevados al interior y encerrados en calabozos desnudos, donde no había en qué sentarse. Quedaron “estrictamente incomunicados”. (*Hombres*, 67)

El confinamiento es una estrategia policial que facilita las declaraciones comprometedoras, de modo que los interrogados traicionan sus pactos de silencio e incurrir en acusaciones culposas. Zapata es el primer obrero sometido a este procedimiento, donde se le informa que sus compañeros le han traicionado:

—Yo le aconsejo por su bien que se confiese. ¿Qué sacaría, Zapata, con empeñarse en una negativa pueril? Nada más que agravar su situación. Sus compañeros ya han declarado y lo sindicaron a usted como principal culpable, vea usted si vale la pena sacrificarse por gente como ésa. Lo han vendido y usted, en cambio, se obstina en no decir nada. (*Hombres*, 69)

Estas amenazas son insuficientes para conseguir que Zapata desista en sus aspiraciones revolucionarias. Este obrero tiene una larga trayectoria subversiva, por consiguiente sabe cómo desafiar a la policía y sus estrategias de control.

Los agentes, luego de comprobar la ineficacia de este recurso, someten al acusado a una negociación que promete una condena justa y menos dolorosa: “Le conviene mucho más decir la verdad. Eso podría atenuar, para usted, las consecuencias de la locura cometida bajo su dirección” (*Hombres*, 69).

Este recurso policial también se emplea en la novela *Más afuera*. En esta ocasión las negociaciones resultan satisfactorias, pues la policía consigue que el



inculcado asuma responsabilidades, a cambio de un castigo que promete menor severidad:

— ¡Tú, al frente!

[...]

— ¡Tú, al frente!

[...]

—Tú, al frente también. Y, dirigiéndose a todos, agregó: —Si antes de dos horas no sé quién mató al Patas de Sedas haré responsables a estos tres hombres. Y como hombre que soy, les aseguro que los “doy vuelta” esta misma noche. Llévenlos al calabozo.

[...]

—Yo fui, mi Teniente.

Con la vista baja, un hombre se aproximó al oficial que ya se dirigía a la puerta. (*Más afuera*, 44-5)

En términos criminológicos, estas negociaciones corresponden a lo que se denomina “persuasión coercitiva”. De acuerdo a las disposiciones de la policía científica, esta medida se aplica durante el interrogatorio para quebrantar la voluntad del acusado, de modo que el interrogador consigue que el inculcado asuma responsabilidades (Soria, 52).

Volviendo a *Hombres*, las negociaciones no otorgan los resultados esperados. Zapata conoce los métodos que emplea la policía científica, por ello se mantiene sin emitir declaraciones comprometedoras:

—Mire, señor —dijo con el semblante alterado. —Haga lo que quiera conmigo, pero no me trate como a un chiquillo. Yo lo creía más hábil. Aprenda a conocer a la gente. Sepa usted que no me atemorizan los castigos. No me seducen tampoco sus promesas. (*Hombres*, 70)

Los esfuerzos de la policía son infructuosos, de modo que la violencia física es el recurso empleado por los agentes para compeler al inculcado a abandonar su mutismo. De la misma manera, se procede con Rojas, aquel obrero que permanece en la celda contigua. Los agentes pretenden que los gritos de este personaje alerten a sus compañeros, de modo que se asuman responsabilidades, o bien, se individualice a los responsables:

El conocimiento que tenía (Zapata) de los métodos policiales le permitió imaginarse la escena que se desarrollaba cerca de él. Vió a Rojas atado, semidesnudo, encogiéndose bajo los golpes de los agente, bajo los sordos y dolorosos golpes propinados con esos laques de goma llamados “tontos” que no dejan huellas visibles. (*Hombres*, 72)

La violencia física a la que son sometidos estos personajes, trae a la memoria algunas confesiones de los presos políticos de Ibáñez, quienes acusaron desmesura en los procedimientos policiales. De acuerdo al historiador Jorge Flores, los dirigentes políticos de la época resistieron los excesos de la policía, sin embargo, algunos opositores sucumbieron con facilidad durante los interrogatorios:

Muchas de estas formas de represión y amedrentamiento político fueron acompañadas por flagelaciones, que no fueron novedad para los dirigentes políticos, pero sí para el resto de la oposición que hasta entonces no había recibido un trato tan denigrante, como algunos profesionales. (42-3)

El narrador pormenoriza en *Hombres* la confusión tras el encarcelamiento de Zapata, Rojas y Céspedes, pues la policía parece informada de los actos subversivos que fueron planificados. De este modo, la delación es una idea que cobra fuerza entre los círculos obreros:

¿Por qué la policía los había apresado a ellos, precisamente a ellos, tan de inmediato? De haber procedido por simples sospechas, habría apresado a muchos otros. ¿Delación? Pero ¿Quién? (*Hombres*, 72)  
La policía había obrado con seguridad como si estuviera perfectamente informada de los propósitos del grupo, y las actividades [...] tenía que ser un compañeros—había dado “el soplo”. (*Hombres*, 89)

Estas reflexiones no son más que sospechas, sin embargo, la precisión y rapidez con que actuó la policía validan estos supuestos. En este sentido, el narrador se encarga de reproducir las divagaciones de algunos personajes: “—Como dijo la compañera [...] la policía conoce detalles que sólo los comprometidos podían saber. Ha habido delación, no cabe duda” (*Hombres*, 125).

La delación es un tema recurrente en la narrativa de Eugenio González. *Más afuera* describe un personaje acusado de espiar a sus compañeros de celda con el propósito de alertar a los policías ante cualquier amago de desobediencia:

Le habían dicho unos amigos que estuviera alerta, pues se aseguraba por ahí que era él quien llevaba a la tenencia “el soplo” de cuanto pasaba entre los comunes.

—Ten cuidado, Lince, que andan algunos con ganas de ajustarte las cuentas —le había recomendado Don López, con aire confidencial. (*Más afuera*, 99)

El narrador del cuento “Sueño de verano” también se hace cargo de este tópico. Las descripciones del protagonista, don Ignacio, reiteran sus temores a los chismes malintencionados:

Don Ignacio no era físicamente cobarde: se sentía capaz de responder con puños a cualquier agresión; pero, ¡qué diría si lo supiese el señor Ministro! ¡El, jefe de sección, con veinte años de immaculados servicios, metido en un asunto de policía! No, ni pensarlo...

[...]

Pendiente del “qué dirán”, de la opinión de sus jefes de las conveniencias de su empleo, había dejado irse los días mejores y perderse los más fuertes impulsos (14-5)

El chisme y la delación son aspectos que, a simple vista, parecen irrelevantes en el desarrollo de las acciones narrativas. No obstante, al agudizar la vista, este detalle esconde un matiz singular en la personalidad de Ibáñez. El historiador Ernesto Whürt destaca en la biografía del Presidente su predilección por los chismes y los murmullos:

El Presidente tenía inclinaciones o rasgos de carácter de tipo policial, seguramente adquiridos o desarrollados en los tiempos en que comandó la escuela de Carabineros [...] de ahí su carácter desconfiado, su recelo, su mirada esquiva, su afición a quienes le hablaban misteriosamente, su gusto por la intriga, el chisme. (148)

Este rasgo en la personalidad de Ibáñez bosqueja un episodio en *Hombres*, puntualmente la escena en que algunos personajes festinan en un lupanar. Durante la fiesta, un cliente acusa a la prostituta que lo acompaña de hurtarle dinero desde la

billetera. Tras esta denuncia, uno de los festejantes revela su identidad policiaca y procede a interrogar a los involucrados:

Rosenberg que hasta ese momento se había mantenido a distancia, disimulándose en el grupo de parroquianos y mujeres [...] les mostró su carnet de agente confidencial de Investigaciones.  
—Dejen este asunto por mi cuenta, colegas —les dijo, con aire de misterio. Tengo una pista. (*Hombres*, 111)

El cuento “Sueño de una noche de verano” revela cómo el poder se inmiscuye en la vida íntima. En este relato don Ignacio y su enamorada se desplazan hasta una plaza para permanecer a solas, sin embargo, un policía vigila los deseos de esta pareja a la distancia: “Setáronse muy juntos, bajo los árboles. Un quieto silencio los envolvió y los aproximó más que las palabras. La plaza estaba casi desierta. Detrás de ellos, brillaba, mortecina, la luz de la Comisaría y se oían los rítmicos pasos del carabinero de guardia” (19).

*Noche* también describe las irrupciones del poder en la vida personal. El narrador pormenoriza una tarde domingo en medio de la tranquilidad provinciana. El panorama de los lugareños consiste en caminar alrededor de la plaza del pueblo, al mismo sitio y hora que el orfeón de Ejército interpreta sus marchas militares: “Alrededor del kiosco en que tocaba la banda del regimiento giraban los grupos de jóvenes. Algunas familias, diseminadas en los bancos de la plaza” (52).

Las escenas que hemos citado demuestran que el poder no sólo controla la vida pública, sino que además ni los espacios íntimos se encuentran a resguardo. Esta vigilancia refleja una arista del programa de Ibáñez, quien obsesionado por el control y la disciplina, ordenó a Carabineros custodiar las reuniones para alertar tras cualquier amago de desobediencia:

La acción de Carabineros de Chile [...] “se limita únicamente a hacer acto de presencia, de carácter preventivo, y si la reunión degenera en desórdenes se adoptan las medidas para reprimirlos, sin que se pueda tolerar que se pronuncien discursos contrarios al orden público ni que

se propaguen ideas antisociales o se ofenda a las autoridades. (Flores, 32)

Un policía vigilaba y tomaba nota de todos los comentarios y resoluciones que se anunciaban en las reuniones, por consiguiente, los sindicatos se vieron obligados a tomar decisiones fuera de las asambleas.

Las páginas finales de *Hombres* describen los esfuerzos rebeldes por desestabilizar la dictadura de Ibáñez. Para conseguir este propósito, se planifica un atentado explosivo cuyos mínimos detalles son estudiados. El estallido se realiza durante la madrugada, pues los ánimos a esta hora son timoratos y la oscuridad es un aliado en la evasión de la vigilancia policial.

El sitio escogido para el atraco es calle Gran Avenida, pues en esta arteria confluyen el comercio agrícola y los trabajadores que son recogidos por los tranvías. Los obreros rebeldes se mantienen camuflados entre los transeúntes para no despertar sospechas entre los vigilantes:

Vestidos con trajes viejos y remendados, se paseaban como obreros madrugadores que esperan el pitazo del trabajo. Llevaban paquetes de herramientas entre las que disimulaban los petardos. Nadie reparaba en ellos. (*Hombres*, 155)

Los petardos estallan con éxito y los rebeldes se escabullen entre la multitud. La policía se presenta montada sobre caballerías con los rifles en alto, dispuesta a apresar a los responsables.

Luego de la explosión la pesadumbre se deja sentir entre los sectores rebeldes, ya que sus esfuerzos son insuficientes para desestabilizar al régimen de Ibáñez. En aquellos momentos de aflicción un obrero ácrata exhorta a sus compañeros:

El desaliento no cuadra con el verdadero revolucionario. “No te sientas vendido, ni aun vencido”, ha escrito uno de nuestros poetas. Así debemos ser nosotros, los luchadores... (*Hombres*, 166)

La mención a estos versos no es azarosa, pues estas composiciones pertenecen al poeta argentino Almafuerte, cuya obra influyó entre los conglomerados ácratas,

socialistas y comunistas de la época. La lírica de este vate apuntó a la “conmiseración para con los oprimidos de toda clase y no únicamente con el proletariado, es decir, con los desclasados, presidiarios, prostitutas, enfermos, analfabetos, locos, desgraciados en general” (Attala, 73). El compromiso de los obreros rebeldes es seguir en pie de lucha contra Ibáñez y su régimen dictatorial, hasta que las libertades políticas y sociales sean restituidas.

### **Consideraciones finales**

La narrativa de Eugenio González bosqueja los procedimientos disciplinarios que dispuso la dictadura de Carlos Ibáñez para anular el desacato y castigar la desobediencia. La producción narrativa de este autor analiza críticamente los signos distintivos de la violencia política, haciendo audible la voz de las víctimas del poder dictatorial.

Estimamos que los relatos de Eugenio González son capaces de aportar, en palabras de Beatriz Sarlo, “las materias primeras” necesarias para iluminar aquellas zonas que el poder totalitario ha condenado a la penumbra (38). Por consiguiente, el estudio de estos relatos evidencia los mecanismos de control dispuestos por el poder para demonizar la diferencia.

Otro punto que aborda este artículo es la interpelación del corpus novelístico de Eugenio González, a partir de las estrategias de resistencia empleadas por los circuitos rebeldes de la época, lo que implica identificar las líneas de fuga trazadas por estos disidentes para abrirse a otras formas y actividades de vida. En este sentido apuntamos la colocación de artefactos explosivos, la divulgación de contrainformación, la resistencia a la vigilancia policial, entre otras estrategias rebeldes.

En definitiva, el comentario de textos propuesto establece un diálogo intertextual entre las novelas escritas por Eugenio González y las fuentes históricas, otorgando la posibilidad de vincular Literatura y Vida. Además, trazamos las primeras ideas en la

elaboración de una cartografía literaria de la memoria para la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo.

La reflexión propuesta contribuye a la creación de un espacio en la Historia de la Literatura chilena capaz de resguardar aquellos relatos testimoniales —condenados a otra forma de violencia e injusticia: el olvido— que son portadores de signos de horror, pero también de humanidad. En este sentido, las novelas de Eugenio González son relatos que testimonian saberes de tiempos aciagos, posibilitando el salto de la estética a la ética, pues nos enseñan que los rigores históricos son indispensables en la tarea de pensar nuestra identidad nacional.

© **Pablo Fuentes Retamal**

## Bibliografía

- Alone. “La noche. Veinte años después...”. *El Mercurio*. 18 agosto 1963: 48.
- Attala, Daniel. “La Biblia en Almafuerde, precursor de libertarios rioplatenses”. *Cuando los anarquistas citaban la Biblia. Entre mesianismo y propaganda*. Madrid: Ediciones de la Catarata, 2014. 70-107.
- Brescia, Maura. *Selkirk-Robinson: El mito*. Santiago: Mare Nostrum, 2004.
- Concha, Edmundo. “Los desterrados de Ibáñez”. *La Nación*. 10 julio 1997: 43.
- Correa, Luis. *El presidente Ibáñez*. Santiago: Orbe, 1962.
- Alone. “La noche. Veinte años después...”. *El Mercurio*. 18 agosto 1963: 48.
- Filebo. “Eugenio González en Más afuera”. *Las últimas noticias*. 28 julio 1997: 44.
- Foucault, Michel. *Microfísica del poder*. Madrid: de la Piqueta, 1980.
- . *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo veintiuno, 2003.
- Flores, Jorge. *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)*. Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y museos, 1993.
- Gómez, Andrés. “Más afuera”. *La Tercera*. 10 agosto 1997: 53.
- González, Eugenio. *Más afuera*. Santiago: Nacimiento, 1930.
- . *Hombres*. Santiago: Ercilla, 1935.
- . “Sueño de verano”. *Destinos*. Santiago: Nacimiento, 1940. 11-34.
- . “La tonta”. *Destinos*. Santiago: Nacimiento, 1940. 77-96.
- . *Noche*. Santiago: Orbe, 1942.
- González, José. *Cuando era muchacho*. Santiago: Nacimiento, 1951.
- Heise, Julio. *Historia de Chile*. Santiago: Andrés Bello, 1974.
- Hernández, Roberto. *De la policía secreta a la policía científica: proceso histórico policía de investigaciones de Chile 1864-1927*. Santiago: Imprenta de la policía de investigaciones, 1994.
- Ibáñez, Carlos. *Carta programa de don Carlos Ibáñez del Campo*. Santiago. Imprenta cultura, 1949.
- Melfi, Domingo. *Dictadura y masedumbre*. Santiago: Universitaria, 1931.
- Montero, René. *La verdad sobre Ibáñez*. Santiago: Zig-zag, 1952.
- Moraga, Fabio. “Una convivencia reanudada: exilios e intercambios culturales y políticos entre Chile y Perú (1920-1940)”. *Las historias que nos unen: Episodios positivos en las relaciones peruano-chilenas, siglo XIX y XX*. Santiago: Ril Editores, 2013. 177-204
- Noemi, Daniel. *Revoluciones que no fueron: ¿Arte o política?* Santiago: Cuarto propio, 2013.
- Osses, Darío. “Eugenio González, novelista del desencanto y la angustia”. *Más afuera*. Santiago: Lom, 1997. 5-14.
- Salazar, Gabriel. *Conversaciones con Carlos Altamirano*. Santiago: Debate, 2011.
- Sarlo, Beatriz. *Tiempo pasado. Cultura y giro subjetivo. Una discusión*. Talca: Universidad de Talca, 2013.
- Soria, Ángel. *Psicología jurídica: un enfoque criminológico*. Madrid: Delta, 2006.



Tapia, Carlos. “Más afuera”. *Cuadernos del avión rojo* 6 (1998): 105-102.

Vera, Óscar. “Hombres. *Atenea* 12 (1935): 321-324.

Uriarte, Fernando. La noche, *Atenea* 19 (1942): 145-148

Würth, Ernesto. *Ibáñez: caudillo enigmático*. Santiago: Editorial del Pacífico, 1958.